

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum Non praevalent

Año L, número 6 (2.553)

Ciudad del Vaticano

9 de febrero de 2018



Mensaje para la Cuaresma

No enfriar el amor

La preocupación expresada por el Papa en el Ángelus

Pocos para luchar por la vida

El Papa ha convocado para el próximo 23 de febrero, viernes de la primera semana de Cuaresma, una «jornada especial de oración y ayuno por la paz» ofrecida en particular por las poblaciones de la República Democrática del Congo y Sudán del Sur. Lo anunció el mismo el domingo 4 de febrero, en la plaza de San Pedro, después de la meditación dedicada al pasaje evangélico de Marcos (1, 21-39).

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de este domingo prosigue la descripción de una jornada de Jesús en Cafarnaúm, un sábado, fiesta semanal para los judíos (cf. Marcos 1, 21-39). Esta vez el evangelista Marcos destaca la relación entre la actividad taumaturgica de Jesús y el despertar de la fe en las personas que encuentra. De hecho, con los signos de sana-

ese sábado. ¿Y qué hace después Jesús? Antes del alba del día siguiente, Él sale sin que le vean por la puerta de la ciudad y se retira a un lugar apartado a rezar. Jesús reza. De esta manera quita su persona y su misión de una visión triunfalista, que malinterpreta el sentido de los milagros y de su poder carismático. Los milagros, de hecho, son «signos», que invitan a la respuesta de la fe; signos que siempre están acompañados de palabras, que las iluminan; y juntos, signos y palabras, provocan la fe y la conversión por la fuerza divina de la gracia de Cristo.

La conclusión del pasaje de hoy (vv. 35-39) indica que el anuncio del Reino de Dios por parte de Jesús encuentra su lugar más propio en el camino. A los discípulos que lo buscan para llevarlo a la ciudad —los discípulos fueron a buscarlo don-

Queridos hermanos y hermanas:

Ayer, en Vigevano, fue proclamado beato el joven Teresio Olivelli, asesinado por su fe cristiana en 1945, en el campo de concentración de Hersbruck. Él dio testimonio de Cristo en el amor hacia los más débiles y se une a la larga lista de los mártires del siglo pasado. Su heroico sacrificio sea semilla de esperanza y de fraternidad sobre todo para los jóvenes.

Hoy se celebra en Italia la Jornada por la vida, que tiene como tema «El evangelio de la vida, alegría para el mundo». Me uno al Mensaje de los obispos y expreso mi aprecio y aliento a las diferentes realidades eclesiales que de muchas maneras promueven y sostienen la vida, en particular el Movimiento por la Vida, y saludo a los exponentes aquí presentes, no muy numerosos. Y esto me preocupa; no son muchos los que luchan por la vida en un mundo donde cada día se construyen más armas, cada día se hacen más leyes contra la vida, cada día va adelante esta cultura del descarte, de descartar lo que no sirve, lo que molesta. Por favor recemos para que nuestro pueblo sea más consciente de la defensa de la vida en este momento de destrucción y de descarte de la humanidad.

Deseo asegurar mi cercanía a la población de Madagascar, recientemente golpeada por un fuerte ciclón, que ha causado víctimas, desplazados y enormes daños. Que el Señor les conforte y les sostenga.

Y ahora un anuncio. Delante del trágico prolongarse de situaciones de conflicto en distintas partes del mundo, invito a todos los fieles a una Jornada especial de oración y ayuno por la paz el 23 de febrero próximo, viernes de la primera semana de Cuaresma. La ofreceremos en particular por las poblaciones de la República Democrática del Congo y de Sudán del Sur. Como en otras ocasiones similares, invito también a los hermanos y hermanas no católicos y no cristianos a asociarse a esta iniciativa en las modalidades que considerarán más oportunas, pero todos juntos. Nuestro Padre celeste escucha siempre a sus hijos que gritan a Él en el dolor y en la angustia, «sana a los de roto corazón y venda sus heridas» (Salmo 147, 3). Dirijo un sentido llamamiento para que también nosotros escuchemos este grito y, cada uno en la propia conciencia, delante de Dios, nos preguntemos: «¿Qué puedo hacer yo por la paz?». Seguramente podemos rezar; pero no solo: cada uno puede decir concretamente «no» a la violencia en lo que depende de él o de ella. Porque las victorias obtenidas con la violencia son falsas victorias; mientras que ¡trabajar por la paz hace bien a todos!

Os saludo a todos vosotros, fieles de Roma y peregrinos venidos de Italia de varios países. Saludo al grupo de la diócesis de Cádiz y Ceuta (España), los alumnos del colegio «Charles Péguy» de París, los fieles de Sestri Levante, Empoli, Milán y Palermo, y la representación de la Ciudad de Agrigento, a quienes expreso aprecio por el compromiso de acogida e integración de los migrantes. ¡Gracias! Gracias por lo que hacéis. Un saludo cordial dirijo a los voluntarios y a los colaboradores de la asociación «Fraterna Domus» que trabaja desde hace 50 años en Roma por la acogida y la solidaridad.

Os deseo a todos un feliz domingo. Por favor no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!



ción que realiza para los enfermos de todo tipo, el Señor quiere suscitar como respuesta la fe.

La jornada de Jesús en Cafarnaúm empieza con la sanación de la suegra de Pedro y termina con la escena de la gente de todo el pueblo que se agolpa delante de la casa donde Él se alojaba, para llevar a todos los enfermos. La multitud, marcada por sufrimientos físicos y miserias espirituales, constituye, por así decir, «el ambiente vital» en el que se realiza la misión de Jesús, hecha de palabras y de gestos que resanan y consuelan. Jesús no ha venido a llevar la salvación en un laboratorio; no hace la predicación de laboratorio, separado de la gente: ¡está en medio de la multitud! ¡En medio del pueblo! Pensad que la mayor parte de la vida pública de Jesús ha pasado en la calle, entre la gente, para predicar el Evangelio, para sanar las heridas físicas y espirituales. Es una humanidad surcada de sufrimientos, cansancios y problemas: a tal pobre humanidad se dirige la acción poderosa, liberadora y renovadora de Jesús. Así, en medio de la multitud hasta tarde, se concluye

de Él rezaba y querían llevarlo de nuevo a la ciudad—, ¿qué responde Jesús? «Vayamos a otra parte, a los pueblos vecinos, para que también allí predique» (v. 38). Este ha sido el camino del Hijo de Dios y este será el camino de sus discípulos. Y deberá ser el camino de cada cristiano. El camino. Como lugar del alegre anuncio del Evangelio, pone la misión de la Iglesia bajo el signo del «ir», del camino, bajo el signo del «movimiento» y nunca de la quietud. Que la Virgen María nos ayude a estar abiertos a la voz del Espíritu Santo, que empuja a la Iglesia a poner cada vez más la propia tienda en medio de la gente para llevar a todos la palabra resonadora de Jesús, médico de las almas y de los cuerpos.

Al finalizar la oración mariana el Pontífice recordó la beatificación de Teresio Olivelli, que tuvo lugar el día anterior en Vigevano, y la Jornada por la vida que se celebraba el domingo en Italia. Así, tras anunciar la iniciativa de oración y ayuno por la paz, saludó a los diferentes grupos presentes en la plaza.

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA
Unicumque suum Non praevaldebit

Ciudad del Vaticano
ed.espanola@ossrom.va
www.osservatoreromano.va

GIOVANNI MARIA VIAN
director

Giuseppe Fiorentino
subdirector
Silvina Pérez
jefe de la edición

Redacción
via del Pellegrino, 00120 Ciudad del Vaticano
teléfono 39 06 698 99410

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
L'OSSERVATORE ROMANO

don Sergio Pellini S.D.B.
director general
Servicio fotográfico
photo@ossrom.va

Publicidad: Il Sole 24 Ore S.p.A.
System Comunicazione Pubblicitaria
Via Monte Rosa 91, 20149 Milano
segreteria@redazione.system@ilsol24.ore.com

Tarifas de suscripción: Italia - Vaticano: € 38,00; Europa (España + IVA): € 100,00 - \$ 148,00; América Latina, África, Asia: € 110,00 - \$ 160,00; América del Norte, Oceanía: € 162,00 - \$ 240,00. Administración: 00120 Ciudad del Vaticano, teléfono + 39 06 698 99 480, fax + 39 06 698 85 164, e-mail: suscripciones@ossrom.va.

En México: Arquidiócesis primada de México. Dirección de Comunicación Social. San Juan de Dios, 222-C. Col. Villa Lázaro Cárdenas. CP 14370. Del. Tlalpan. México, D.F. teléfono + 52 55 2652 99 55; fax + 52 55 3518 75 34; e-mail: suscripciones@semanariovaticano.mx.

En Perú: Editorial salesiana, Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú; teléfono + 51 42 337 82; fax + 51 431 67 82; e-mail: editorial@salesianos.edu.pe.

El Pontífice denuncia el fenómeno e invoca iniciativas de prevención

La usura estrangula y asesina

La usura es un «pecado grave» que «humilla y asesina». Es la fuerte denuncia al centro del discurso dirigido por el Papa a los miembros de la Consulta nacional antiusura, recibidos en audiencia el sábado por la mañana, 3 de febrero en la Sala Clementina.

Queridos hermanos y hermanas:

Me complace acogeros y compartir con vosotros este momento de reflexión sobre una plaga desafortunadamente difundida y todavía muy sumergida: la usura. Agradezco al presidente por sus corteses palabras y dirijo el pensamiento al padre Massimo Rastrelli, ausente porque está enfermo, que en 1991 construyó la primera Fundación Antiusura.

Sigo con particular atención vuestro camino de lucha contra la usura, que se vuelve cada vez más cualificado y concreto con la experiencia y con la constitución de nuevas Fundaciones distribuidas por todo el territorio nacional a través de cientos de Centros de escucha. Son espacios de ayuda, escuelas de humanidad y educación en la legalidad, fruto de una sensibilidad que encuentra su inspiración iluminadora en la Palabra de Dios y que opera silenciosa y laboriosamente en las conciencias de las personas.

En vuestros primeros veintiséis años de servicio habéis salvado de las garras de la deuda de la usura y del riesgo de la usura a más de veinticinco mil familias; salvando sus casas y, a veces, sus pequeñas empresas, las habéis ayudado a recuperar la dignidad de la que habían sido expropiadas. Y esto merece un gran reconocimiento. Gracias, muchas gracias.

La usura humilla y mata. La usura es un mal antiguo y desafortunadamente todavía sumergido que, como una serpiente, estrangula a las víctimas. Es necesario prevenirla, apartando a las personas de la patología de la deuda hecha por subsistencia o para salvar la empresa. Y se puede prevenir educando para un estilo de vida sobrio, que sepa distinguir entre lo que es superfluo y lo que es necesario y que responsabilice para no contraer deudas para procurarse cosas a las que se podría renunciar. Es importante recuperar las virtudes de la pobreza y del sacrificio: de la pobreza, para no convertirse en esclavos de las cosas y del sacrificio, porque de la vida no se puede recibir todo.

Es necesario formar una mentalidad basada en la legalidad y la honestidad, en los individuos y en las instituciones; incrementar la presencia de un voluntariado motivado y disponible para los necesitados, para que se sienten escuchados, aconsejados, guiados, para levantar de su condición humillante.

En la base de las crisis económicas y financieras hay siempre una concepción de la vida que otorga el primer puesto al beneficio y no a la persona. La dignidad humana, la ética, la solidaridad y el bien común deberían estar siempre en el centro de las políticas económicas de las instituciones públicas. De ellas se espera que desincentiven, con medidas apropiadas, los instrumentos que, directa o indirectamente, son causa de usura, como el juego de azar, otra plaga. Yo he visto, he sabido de mujeres ancianas de Buenos Aires, que iban al banco a retirar la jubilación y desde allí, al sitio del juego de azar. ¡Es una patología que se aferra a ti y te mata!

La usura es un pecado grave: mata la vida, pisotea la dignidad de las personas, es vehículo de corrupción y obstaculiza el bien común. Debilita también los fundamentos sociales y económicos de un país. De hecho, con tantos pobres, tantas familias endeudadas, tantas víctimas de delitos graves y tantas personas corruptas, ningún país puede programar una seria recuperación económica y ni siquiera sentirse seguro.



Queridos hermanos y hermanas: sé bien que el servicio que prestáis es laborioso: se trata de colaborar para que el sistema económico y social sea humano y para que el mensaje evangélico pueda iluminar el corazón y el alma de las personas, como un día le sucedió a Zaqueo, rico y corrupto jefe de los «publicanos» de Jericó (cf. *Lucas* 19, 1-10) y a su compañero Mateo, que Jesús miró con misericordia y eligió como discípulo y que desde hace un año es patrón de las Fundaciones Antiusura (cf. *Mateo* 9, 9-13). Una buena peregrinación que podéis hacer para ver el alma de un hombre apegado al dinero, a la usura es a San Luis de los Franceses, donde está la *Conversión de Mateo* de Caravaggio. Mateo hace así con el dinero [hace un gesto], como si fuera un hijo suyo. Esto pinta bien la actitud del hombre pegado al dinero. Que el Señor nos inspire y sustente las autoridades públicas, con el fin de que las personas y las familias puedan disfrutar de los beneficios de ley como cualquier otra realidad económica; que inspire y sustente a los responsables del sistema bancario, para que vigilen la calidad ética de las actividades de los institutos de crédito. Vale la pena subrayar que muchos bancos han nacido y se han difundido por el mundo precisamente para apartar a los pobres de la usura con préstamos sin compromiso y sin intereses.

Queridos hermanos, vuestro servicio os pide que seáis hombres y mujeres de encuentro, de escucha, de proximidad. Por eso os exhorto a tener la mirada y el corazón fijos sobre Jesús, a deteneros en las páginas del Evangelio donde se encuentra con los pobres y los mendigos, los leprosos y paralíticos y los «pone de pie» devolviéndoles la dignidad y el futuro. Enfrentádoos a la usura y a la corrupción vosotros también podéis transmitir esperanza y fortaleza a las víctimas para que puedan recobrar la confianza y recuperarse de sus necesidades. Sed, para las instituciones, un estímulo para que garanticen respuestas concretas a quienes están desorientados, a veces desesperados y no saben cómo hacer para sacar adelante a su familia. ¡Podéis ser, para los mismos usureros,

un reclamo al sentido de humanidad y de justicia, a que tomen conciencia de que en nombre del dinero no se puede matar a los hermanos!

Además, os animo a dialogar con cuantos tienen responsabilidad en el campo de la economía y de la finanza, para que se promuevan iniciativas que contribuyan a la prevención de la usura. No me corresponde a mí poner ejemplos concretos: vosotros los tenéis bien presentes; pero siempre se trata de respetar los rostros, de poner realmente en el centro a la persona y a la familia no de palabra sino con hechos.

Las personas que habéis librado de la usura pueden atestiguar que la oscuridad dentro del túnel que han atravesado es densa y angustiosa, pero también hay una luz más fuerte que puede iluminar y confortar. Sed un referente de esperanza para los pobres, los endeudados, las empresas en dificultad. Continúad vuestro servicio con perseverancia y valentía: es una levadura preciosa para toda la sociedad. Bien lo saben las víctimas de la usura y del juego, aquí presentes con una representación. Les saludo y les animo porque sé que se han emprendido un camino nuevo con la ayuda de Dios y la solidaridad de tantos hermanos. Transmitid a las personas que todavía están dentro del túnel vuestro coraje, contad vuestra experiencia, testimoniando que se puede salir de la usura y del juego de azar.

Juntos hagamos un llamamiento por un nuevo humanismo económico, que «ponga fin a la economía de la exclusión y de la falta de equidad», a la economía que asesina, a los sistemas económicos en los que hombres y mujeres ya no son personas, sino que se han reducido a instrumentos de una lógica del descarte que genera profundos desequilibrios (*Mensaje al Simposio internacional sobre economía*, 26 de noviembre de 2016).

Os agradezco por vuestra presencia, por vuestro trabajo y de corazón os bendigo a vosotros y vuestro trabajo. Y por favor, no os olvidéis de rezar por mí. Gracias.

Jornada de la vida consagrada

La valentía de una elección a contracorriente

Todo camino de consagración nace de un encuentro con el Señor y con el Pueblo de Dios. Lo recordó el Papa Francisco en la homilía de la misa celebrada en la basílica vaticana el viernes por la tarde, 2 de febrero, fiesta de la presentación en el Templo, Jornada mundial de la vida consagrada.

Cuarenta días después de Navidad celebramos al Señor que, entrando en el templo, va al encuentro de su pueblo. En el Oriente cristiano, a esta fiesta se la llama precisamente la «Fiesta del encuentro»: es el encuentro entre el Niño Dios, que trae novedad, y la humanidad que espera, representada por los ancianos en el templo.

En el templo sucede también otro encuentro, el de dos parejas: por una parte, los jóvenes María y José, por otra, los ancianos Simeón y Ana. Los ancianos reciben de los jóvenes, y los jóvenes de los ancianos. María y José encuentran en el templo las raíces del pueblo, y esto es importante, porque la promesa de Dios no se realiza individualmente y de una sola vez, sino juntos y a

contrario: en general, los jóvenes son quienes hablan con ímpetu del futuro, mientras los ancianos custodian el pasado. En el Evangelio sucede lo contrario, porque cuando uno se encuentra en el Señor no tardan en llegar las sorpresas de Dios. Para dejar que sucedan en la vida consagrada es bueno recordar que no se puede renovar el encuentro con el Señor sin el otro: nunca dejar atrás, nunca hacer descartes generacionales, sino acompañarse cada día, con el Señor en el centro. Porque si los jóvenes están llamados a abrir nuevas puertas, los ancianos tienen las llaves. Y la juventud de un instituto está en ir a las raíces, escuchando a los ancianos. No hay futuro sin este encuentro entre ancianos y jóvenes; no hay crecimiento sin raíces y no hay florecimiento sin brotes nuevos. Nunca profecía sin memoria, nunca memoria sin profecía; y, siempre encontrarse. La vida frenética de hoy lleva a cerrar muchas puertas al encuentro, a menudo por el miedo al otro —las puertas de los centros comerciales y las conexiones de red permanecen siempre abiertas—. Que no sea así en

las manos y el corazón vacíos, la vida según Jesús colma de paz hasta el final, como en el Evangelio, en el que los ancianos llegan felices al ocaso de la vida, con el Señor en sus manos y la alegría en el corazón.

Cuánto bien nos hace, como Simeón, tener al Señor «en brazos» (Lc 2, 28). No sólo en la cabeza y en el corazón, sino en las manos, en todo lo que hacemos: en la oración, en el trabajo, en la comida, al teléfono, en la escuela, con los pobres, en todas partes. Tener al Señor en las manos es el antídoto contra el misticismo aislado y el activismo desenfrenado, porque el encuentro real con Jesús endereza tanto al devoto sentimental como al frenético factótum. Vivir el encuentro con Jesús es también el remedio para la parálisis de la normalidad, es abrirse a la cotidiana agitación de la gracia. Dejarse encontrar por Jesús, ayudar a encontrar a Jesús: este es el secreto para mantener viva la llama de la vida espiritual. Es la manera de escapar a una vida asfixiada, dominada por los lamentos, la amargura y las inevitables decepciones. Encontrarse en Jesús co-



lo largo de la historia. Y encuentran también las raíces de la fe, porque la fe no es una noción que se aprende en un libro, sino el arte de vivir con Dios, que se consigue por la experiencia de quien nos ha precedido en el camino. Así los dos jóvenes, encontrándose con los ancianos, se encuentran a sí mismos. Y los dos ancianos, hacia el final de sus días, reciben a Jesús, que es el sentido a sus vidas. En este episodio se cumple así la profecía de Joel: «Vuestros hijos e hijas profetizarán, vuestros ancianos tendrán sueños y visiones» (3, 1). En ese encuentro los jóvenes descubren su misión y los ancianos realizan sus sueños. Y todo esto porque en el centro del encuentro está Jesús.

Mirémonos a nosotros, queridos hermanos y hermanas consagrados. Todo comenzó gracias al encuentro con el Señor. De un encuentro y de una llamada nació el camino de la consagración. Es necesario hacer memoria de ello. Y si recordamos bien veremos que en ese encuentro no estábamos solos con Jesús: estaba también el pueblo de Dios —la Iglesia—, jóvenes y ancianos, como en el Evangelio. Allí hay un detalle interesante: mientras los jóvenes María y José observan fielmente las prescripciones de la Ley —el Evangelio lo dice cuatro veces—, y no hablan nunca, los ancianos Simeón y Ana acuden y profetizan. Parece que debería ser al

la vida consagrada: el hermano y la hermana que Dios me da son parte de mi historia, son dones que hay que custodiar. No vaya a suceder que miremos más la pantalla del teléfono que los ojos del hermano, o que nos fijemos más en nuestros programas que en el Señor. Porque cuando se ponen en el centro los proyectos, las técnicas y las estructuras, la vida consagrada deja de atraer y ya no comunica; no florece porque olvida «lo que tiene sepultado», es decir, las raíces.

La vida consagrada nace y renace del encuentro con Jesús tal como es: pobre, casto y obediente. Se mueve por una doble vía: por un lado, la iniciativa amorosa de Dios, de la que todo comienza y a la que siempre debemos regresar; por otro lado, nuestra respuesta, que es de amor verdadero cuando se da sin peros ni excusas, y cuando imita a Jesús pobre, casto y obediente. Así, mientras la vida del mundo trata de acumular, la vida consagrada deja las riquezas que son pasajeras para abrazar a Aquel que permanece. La vida del mundo persigue los placeres y los deseos del yo, la vida consagrada libera el afecto de toda posesión para amar completamente a Dios y a los demás. La vida del mundo se empeña en hacer lo que quiere, la vida consagrada elige la obediencia humilde como la libertad más grande. Y mientras la vida del mundo deja pronto con

mo hermanos y hermanas, jóvenes y ancianos, para superar la retórica estéril de los «viejos tiempos pasados» —esa nostalgia que mata el alma—, para acabar con el «aquí no hay nada bueno». Si Jesús y los hermanos se encuentran todos los días, el corazón no se polariza en el pasado o el futuro, sino que vive el hoy de Dios en paz con todos.

Al final de los Evangelios hay otro encuentro con Jesús que puede ayudar a la vida consagrada: el de las mujeres en el sepulcro. Fueron a encontrar a un muerto, su viaje parecía inútil. También vosotros vais por el mundo a contracorriente: la vida del mundo rechaza fácilmente la pobreza, la castidad y la obediencia. Pero, al igual que aquellas mujeres, vais adelante, a pesar de la preocupación por las piedras pesadas que hay que remover (cf. Mc 16, 3). Y al igual que aquellas mujeres, las primeras que encontraron al Señor resucitado y vivo, os abrazáis a Él (cf. Mt 28, 9) y lo anunciáis inmediatamente a los hermanos, con los ojos que brillan de alegría (cf. v. 8). Sois por tanto el amanecer perenne de la Iglesia: vosotros, consagrados y consagradas, sois el alba perenne de la Iglesia. Os deseo que reavivéis hoy mismo el encuentro con Jesús, caminando juntos hacia Él; y así se iluminarán vuestros ojos y se fortalecerán vuestros pasos.

El Pontífice recuerda que es una blasfemia recurrir a Dios para justificar la violencia

En la religión no hay espacio para odio y violencia

«Una de las más grandes blasfemias es llamar a Dios como garante de los propios pecados y crímenes»: lo indicó el Papa a los participantes de la conferencia «Tackling violence committed in the name of religion», recibidos en audiencia en la mañana del viernes 2 de febrero, en la Sala Clementina.

Queridos amigos:

Os doy la bienvenida y os doy las gracias por vuestra presencia. Es muy significativo que los responsables políticos y los jefes religiosos se encuentren y discutan entre ellos sobre cómo contrarrestar la violencia cometida en nombre de la religión.

Quisiera aquí mencionar lo que ya he podido decir en diferentes circunstancias, particularmente con ocasión de mi viaje a Egipto: «Dios, que ama la vida, no deja de amar al hombre y por ello lo insta a contrastar el camino de la violencia como requisito previo fundamental de toda alianza en la tierra. Siempre, pero sobre todo ahora, todas las religiones están llamadas a poner en práctica este imperativo, ya que mientras sentimos la urgente necesidad de lo Absoluto, es indispensable excluir cualquier absolutización que justifique cualquier forma de violencia. La violencia, de hecho, es la negación de toda auténtica religiosidad. Estamos obligados a denunciar las violaciones que atentan contra la dignidad humana y contra

los derechos humanos, a poner al descubierto los intentos de justificar todas las formas de odio en nombre de las religiones y a condenarlos como una falsificación idolátrica de Dios» (*Discurso a la Conferencia Internacional por la Paz, Al-Azhar Conference Centre, El Cairo, 28 abril de 2017*).

La violencia de propaganda y realizada en nombre de la religión no puede hacer otra cosa que desacreditar la religión misma; como tal, debería ser condenada por todos y, con especial convicción, por el hombre auténticamente religioso, el cual sabe que Dios es solamente bondad, amor, compasión, y que en Él no puede haber espacio para el odio, el rencor y la venganza. La persona religiosa sabe que una de las más grandes blasfemias es llamar a Dios como garante de los propios pecados y crímenes, llamarlo para justificar el homicidio, la masacre, la reducción a esclavitud, la explotación de todo tipo, la opresión y la persecución de personas y de enteras poblaciones.

La persona religiosa sabe que Dios es el Santo y que nadie puede pretender apelar su nombre para realizar el mal. Todo líder religioso está llamado a desenmascarar cualquier intento de manipular a Dios para fines que nada tienen que ver con Él y su gloria. Es necesario mostrar, sin cansarse, que toda vida humana tiene en sí misma carácter sagrado, merece respeto, consideración,

compasión, solidaridad, independientemente de la ética, la religión, la cultura, la orientación ideológica o política.

La pertenencia a una determinada religión no da ninguna dignidad o derechos suplementarios a quien se adhiere, así como la no pertenencia no te quita ni disminuye.

Por eso es necesario comprometerse juntos, líderes políticos y responsables religiosos, profesores y trabajadores de la educación, de la formación y de la información, para advertir a quien sea tentado por formas perversas de religiosidad equivocada, que nada tienen que ver con el testimonio de una religión digna de este nombre.

Esto ayudará a los que con buena voluntad buscan a Dios para encontrarlo realmente, para encontrar a Aquel que libera del miedo, del odio y de la violencia, que desea servirse de la creatividad y de las energías de cada uno para difundir su diseño de amor y de paz dirigido a todos.

Gentiles señoras y señores, expreso nuevamente mi aprecio por vuestra voluntad de reflexión y de diálogo sobre un tema tan dramáticamente importante, y por haber dado así una cualificada contribución al crecimiento de la cultura de la paz fundada siempre sobre la verdad y el amor. Dios os bendiga a vosotros y a vuestro trabajo.

Gracias.



Iglesia de la Inmaculada Concepción en Qaraqosh en domingo (30 de octubre de 2016), la primera misa desde que la ciudad fue tomada por ISIS en agosto de 2014

«Cuando se apaga la caridad y se rechaza el consuelo de Dios, es fácil ceder a la «violencia que se dirige contra aquellos que consideramos una amenaza para nuestras «certezas», el niño por nacer, el anciano enfermo, el huésped de paso, el extranjero, así como el prójimo que no corresponde a nuestras expectativas». Lo escribe el Papa Francisco en el mensaje para la Cuaresma 2018, centrado en una expresión de Jesús referida en el Evangelio de Mateo: «Al crecer la maldad se enfriará el amor en la mayoría» (Mt 24, 12).



«Al crecer la maldad, se enfriará el amor en la mayoría» (Mt 24, 12)

Queridos hermanos y hermanas:

Una vez más nos sale al encuentro la Pascua del Señor. Para prepararnos a recibirla, la Providencia de Dios nos ofrece cada año la Cuaresma, «signo sacramental de nuestra conversión»,¹ que anuncia y realiza la posibilidad de volver al Señor con todo el corazón y con toda la vida.

Como todos los años, con este mensaje deseo ayudar a toda la Iglesia a vivir con gozo y con verdad este tiempo de gracia; y lo hago inspirándome en una expresión de Jesús en el Evangelio de Mateo: «Al crecer la maldad, se enfriará el amor en la mayoría» (24, 12).

Esta frase se encuentra en el discurso que habla del fin de los tiempos y que está ambientado en Jerusalén, en el Monte de los Olivos, precisamente allí donde tendrá comienzo la pasión del Señor. Jesús, respondiendo a una pregunta de sus discípulos, anuncia una gran tribulación y describe la situación en la que podría encontrarse la comunidad de los fieles: frente a acontecimientos dolorosos, algunos falsos profetas engañarán a mucha gente hasta amenazar con apagar la caridad en los corazones, que es el centro de todo el Evangelio.

Los falsos profetas

Escuchemos este pasaje y preguntémosnos: ¿qué formas asumen los falsos profetas? Son como «chantadores de serpientes», o sea, se aprovechan de las emociones humanas para esclavizar a las personas y llevarlas adonde ellos quieren. Cuántos hijos de Dios se dejan fascinar por las lisonjas de un placer momentáneo, al que se le confunde con la felicidad. Cuántos hombres y mujeres viven como encantados por la ilusión del dinero, que los hace en realidad esclavos del lucro o de intereses mezquinos. Cuántos viven pensando que se bastan a sí mismos y caen presa de la soledad.

Otros falsos profetas son esos «charlatanes» que ofrecen soluciones sencillas e inmediatas para los sufrimientos, remedios que sin embargo resultan ser completamente inútiles: cuántos son los jóvenes a los que se les ofrece el falso remedio de la droga, de unas relaciones de «usar y tirar», de ganancias fáciles pero deshonestas. Cuántos se dejan cautivar por una vida completamente virtual, en que las relaciones parecen más sencillas y rápidas pero que después resultan dramáticamente sin sentido. Estos estafadores no sólo ofrecen cosas sin valor sino que quitán lo más valioso, como la dignidad, la libertad y la capacidad de amar. Es el engaño de la vanidad, que nos lleva a pavonearnos... haciéndonos caer en el ridículo; y el ridículo no tiene vuelta atrás. No es una sorpresa: desde siempre el demonio, que es «mentiroso y padre de la mentira» (Jn 8, 44), presenta el mal como bien y lo falso como verdadero, para confundir el corazón del



No apagar la caridad

En el mensaje para la Cuaresma el Papa denuncia la violencia contra los no nacidos, los ancianos y los extranjeros

hombre. Cada uno de nosotros, por tanto, está llamado a discernir y a examinar en su corazón si se siente amenazado por las mentiras de estos falsos profetas. Tenemos que aprender a no quedarnos en un nivel inmediato, superficial, sino a reconocer qué cosas son las que dejan en nuestro interior una huella buena y más duradera, porque vienen de Dios y ciertamente sirven para nuestro bien.

Un corazón frío

Dante Alighieri, en su descripción del infierno, se imagina al diablo sentado en un trono de hielo;² su morada es el hielo del amor extinguido. Preguntémosnos entonces: ¿cómo se enfría en nosotros la caridad? ¿Cuáles son las señales que nos indican que el amor corre el riesgo de apagarse en nosotros? Lo que apaga la caridad es ante todo la avaricia por el dinero, «raíz

de todos los males» (1 Jn 6, 10); a esta le sigue el rechazo de Dios y, por tanto, el no querer buscar consuelo en él, prefiriendo quedarnos con nuestra desolación antes que sentirnos confortados por su Palabra y sus Sacramentos.³ Todo esto se transforma en violencia que se dirige contra aquellos que consideramos una amenaza para nuestras «certezas»: el niño por nacer, el anciano enfermo, el huésped de paso, el extranjero, así como el prójimo que no corresponde a nuestras expectativas.

También la creación es un testigo silencioso de este enfriamiento de la caridad: la tierra está envenenada a causa de los desechos arrojados por negligencia e interés; los mares, también contaminados, tienen que recibir por desgracia los restos de tantos naufragos de las migraciones forzadas; los cielos —que en el designio de Dios cantan su gloria— se ven surcados por máquinas que hacen llover instrumentos de muerte.

El amor se enfría también en nuestras comunidades: en la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* traté de describir las señales más evidentes de esta falta de amor. Estas son: la avaricia egoísta, el pesimismo estéril, la tentación de aislarse y de entablar continuas guerras fratricidas, la mentalidad mundana que induce a ocuparse sólo de lo aparente, disminuyendo de este modo el entusiasmo misionero.⁴

¿Qué podemos hacer?

Si vemos dentro de nosotros y a nuestro alrededor los signos que antes he descrito, la Iglesia, nuestra madre y maestra, además de la medicina a veces amarga de la verdad, nos ofrece en este tiempo de Cuaresma el dulce remedio de la oración, la limosna y el ayuno. El hecho de dedicar más tiempo a la oración hace que nuestro corazón descubra las mentiras

secretas con las cuales nos engañamos a nosotros mismos para buscar finalmente el consuelo en Dios. Él es nuestro Padre y desea para nosotros la vida.

El ejercicio de la limosna nos libera de la avaricia y nos ayuda a descubrir que el otro es mi hermano: nunca lo tengo es sólo mío. Cuánto desearía que la limosna se convirtiera para todos en un auténtico estilo de vida. Al igual que, como cristianos, me gustaría que siguiésemos el ejemplo de los Apóstoles y viésemos en la posibilidad de compartir nuestros bienes con los demás un testimonio concreto de la comunión que vivimos en la Iglesia. A este propósito hago mía la exhortación de san Pablo, cuando invitaba a los corintios a participar en la colecta para la comunidad de Jerusalén: «Os conviene» (2 Co 8, 10). Esto vale especialmente en Cuaresma, un tiempo en el que muchos organismos realizan colectas en favor de iglesias y poblaciones que pasan por dificultades.

Y cuánto querría que también en nuestras relaciones cotidianas, ante cada hermano que nos pide ayuda, pensáramos que se trata de una llamada de la divina Providencia: cada limosna es una ocasión para participar en la Providencia de Dios hacia sus hijos; y si él hoy se sirve de mí para ayudar a un hermano, ¿no va a proveer también mañana a mis necesidades, él, que no se deja ganar por nadie en generosidad?⁵

El ayuno, por último, debilita nuestra violencia, nos desarma, y constituye una importante ocasión para crecer. Por una parte, nos permite experimentar lo que sienten aquellos que carecen de lo indispensable y conocen el aguijón del hambre; por otra, expresa la condición de nuestro espíritu, hambriento de bondad y sediento de la vida de Dios. El ayuno nos despierta, nos hace estar más atentos a Dios y al prójimo, inflama nuestra voluntad de obedecer a Dios, que es el único que sacia nuestra hambre.

Querría que mi voz traspasara las fronteras de la Iglesia Católica, para que llegara a todos ustedes, hombres y mujeres de buena voluntad, dispuestos a escuchar a Dios. Si se sienten afligidos como nosotros, porque en el mundo se extiende la iniquidad, si les preocupa la frialdad que paraliza el corazón y las obras, si ven que se debilita el sentido de una misma humanidad, únense a nosotros para invocar juntos a Dios, para ayunar juntos y entregar juntos lo que podamos como ayuda para nuestros hermanos.

El fuego de la Pascua

Invito especialmente a los miembros de la Iglesia a emprender con celo el camino de la Cuaresma, sostenidos por la limosna, el ayuno y la oración. Si en muchos corazones a veces da la impresión de que la caridad se ha apagado, en el corazón de Dios no se apaga. El siempre nos da una nueva oportunidad para que podamos empezar a amar de nuevo.

Una ocasión propicia será la iniciativa «24 horas para el Señor», que este año nos invita nuevamente a celebrar el Sacramento de la Reconciliación en un contexto de adoración eucarística. En el 2018 tendrá lugar el viernes 9 y el sábado 10 de marzo, inspirándose en las palabras del Salmo 130, 4: «De ti procede el perdón». En cada diócesis, al menos una iglesia permanecerá abierta durante 24 horas seguidas, para permitir la oración de adoración y la confesión sacramental.

En la noche de Pascua reviviremos el sugestivo rito de encender el cirio pascual: la luz que proviene del «fuego nuevo» poco a poco disipará la oscuridad e iluminará la asamblea litúrgica. «Que la luz de Cristo, resucitado y glorioso, disipe las tinieblas de nuestro corazón y de nuestro espíritu»,⁶ para que todos podamos vivir la misma experiencia de los discípulos de Emaús: después de escuchar la Palabra del Señor y de alimentarnos con el Pan eucarístico nuestro corazón volverá a arder de fe, esperanza y caridad.

Los bendigo de todo corazón y rezo por ustedes. No se olviden de rezar por mí.



Vaticano, 1 de noviembre de 2017
Solemnidad de Todos los Santos

¹ *Misal Romano*, 1 Dom. de Cuaresma, Oración Colecta.

² «Salía el soberano del reino del dolor fuera de la helada superficie, desde la mitad del pecho» (*Inferno* XXXIV, 28-29).

³ «Es curioso, pero muchas veces tenemos miedo a la consolación, de ser consolados. Es más, nos sentimos más seguros en la tristeza y en la desolación. ¿Sabéis por qué? Porque en la tristeza nos sentimos casi protagonistas. En cambio en la consolación es el Espíritu Santo el protagonista» (*Angelus*, 7 diciembre 2014).

⁴ *Misms*, 76-109.

⁵ Cf. Benedicto XVI, Enc. *Spe salvi*, 33.

⁶ Cf. Pio XII, Enc. *Fideli donum*, III.

⁷ *Misal Romano*, Vigilia Pascual, Lucernario.

Francisco recibe a la Comisión Ejecutiva de la Conferencia Episcopal Argentina



Audiencia privada del Pontífice con (de izquierda a derecha) monseñor Marcelo D. Colombo, obispo de La Rioja y Vicepresidente II de la CEA; monseñor Oscar V. Ojea, obispo de San Isidro y presidente de la CEA; cardenal Mario A. Poli, arzobispo de Buenos Aires y primado de la Argentina y vicepresidente I; y monseñor Carlos H. Malfa, obispo de Chascomús y Secretario General (3 de febrero de 2018)

Visita del presidente de la República de Turquía



El Papa Francisco recibió en audiencia al presidente de la República de Turquía, Recep Tayyip Erdoğan, en la mañana del lunes 5 de febrero, en el Palacio Apostólico Vaticano. Sucesivamente, el presidente turco se reunió con el cardenal Pietro Parolin, secretario de Estado, acompañado por monseñor Paul Richard Gallagher, secretario para las Relaciones con los Estados.

Durante el cordial coloquio se evocaron las relaciones bilaterales entre la Santa Sede y Turquía y se habló de la situación del país, de la condición de la comunidad católica, del compromiso de acogida de numerosos refugiados y de los desafíos unidos a esto.

Después se detuvieron sobre la situación de Oriente Medio, con particular referencia al estatuto de Jerusalén, evidenciando la necesidad de promover la paz y la estabilidad en la región a través del diálogo y la negociación, en el respeto de los derechos humanos y de la legitimidad internacional.

Intención de oración para febrero

La corrupción nutre la cultura de la muerte

El Papa Francisco aborda el tema de la corrupción en su videomensaje con la intención de oración para el mes de febrero. «La corrupción, un proceso de muerte que nutre la cultura de la muerte» es para el Pontífice lo que está en la raíz de la esclavitud, del desempleo, del abandono de los bienes comunes y la naturaleza. Además el Papa indica algunas pautas útiles para hacer frente a

este mal que en otras ocasiones ha clasificado como «una plaga»: «Debemos hablar de ella, denunciar sus males, comprenderla para poder mostrar la voluntad de hacer valer la misericordia sobre la mezquindad, la belleza sobre la nada», porque «la corrupción no se combate con el silencio». Francisco finaliza su mensaje con una oración: «Pidamos juntos para que aquellos que tienen un poder ma-

terial, político o espiritual no se dejen dominar por la corrupción».

En el vídeo, imágenes de rostros marcados por el sufrimiento y los daños de la guerra ilustran las palabras del Pontífice.

La iniciativa está confiada a la Red Mundial de Oración y se difunde en internet, con el mensaje traducido a nueve lenguas (www.thepopevideo.org).

Dos nuevos viajes del Pontífice en Italia

El Papa prepara dos nuevas visitas a diócesis italianas. Serán dos breves viajes, ya que en ambos ocupará tan solo una mañana. El 20 de abril irá a Alessano (Lecce), en la diócesis de Ugento-Santa Maria de Leuca, y a Molfetta (Bari) en la diócesis de Molfetta-Ruvo-Giovinazzo-Terlizzi. Esta visita se celebra en el marco del 25º aniversario del fallecimiento de monseñor Tonino Bello, obispo en proceso de beatificación. Asimismo, el 10 de mayo, el Pontífice se dirigirá a Nomadelfia, en la diócesis de Grosseto, donde encontrará a la Comunidad fundada por Don Zeno Saltini, y a Loppiano (Florenza) en la diócesis de Fiesole, donde visitará la Ciudadela Internacional del Movimiento de los Focolares.

En la visita del día 20 de abril, el Papa se detendrá de forma privada ante la tumba de monseñor Tonino Bello y posteriormente saludará a sus familiares. En la explanada enfrente del cementerio mantendrá un encuentro con los fieles y dará un discurso. A continuación, en Molfetta, celebrará la eucaristía. El viaje del día 10 de mayo iniciará en Nomadelfia, con una parada en el cementerio ante la tumba de Don Zeno Saltini, y la visita a un grupo familiar de la Comunidad. Mientras que en la iglesia se celebrará un encuentro con los miembros de la Comunidad, un momento de fiesta de los jóvenes y el discurso del Papa. La Comunidad de Nomadelfia fue fundada durante la Segunda Guerra Mundial por el sacerdote Zeno Saltini y la laica Irene Bertoni para ofrecer un hogar a los niños abandonados. Se trata de un pequeño pueblo con una Constitución propia que se basa en el Evangelio. Para el Estado es una asociación civil y para la Iglesia es una parroquia y una asociación privada entre fieles. A continuación irá hasta Loppiano. Tras una parada para rezar en el santuario María Theotokos, en el atrio del santuario tendrá lugar el encuentro con la Comunidad.

El discurso del Pontífice estará precedido por preguntas que le dirigirán algunos presentes.

Pésame por el terremoto en Taiwan

El Papa Francisco, a través de un telegrama firmado por el secretario de Estado, ha querido mostrar su cercanía con las víctimas del fuerte terremoto que se produjo en Taiwan el 6 de febrero.

Su Santidad el Papa Francisco quiere expresar su solidaridad con todos los afectados por el terremoto en Taiwan los días pasados, y asegura sus oraciones por quienes han perdido su vida y por quienes han resultado heridos. Mientras anima a las autoridades civiles y al personal de emergencia que participan en los tareas de rescate, Su Santidad invoca de buen grado sobre todos los taiwaneses las bendiciones divinas de la fuerza y la paz.

PIETRO PAROLIN
SECRETARIO DE ESTADO

Las homilías del Pontífice

No somos ni eternos
ni efímeros

La muerte es «un hecho, una herencia y una memoria» que nos recuerda que no somos «dueños del tiempo», ni «efímeros» ni «eternos», y nos salva del riesgo de permanecer «presos en el laberinto egoísta del momento presente». Pero precisamente la mirada a la muerte que ayuda a vivir bien la vida es el mensaje que el Papa Francisco ha propuesto en la misa celebrada el jueves 1 de febrero en Santa Marta.

«La primera lectura nos habla de la muerte: la muerte del rey David» hizo notar el Pontífice, refiriéndose al pasaje tomado del primer libro de Reyes (2, 1-4, 10-12). «Los días de David se habían acercado a la muerte» porque, afirmó Francisco, también «él, el gran rey, el hombre que había consolidado precisamente el reino, debe morir, no es el dueño del tiempo: el tiempo continúa y él continúa en otro estilo de tiempo, pero continúa. Está en camino».

Por otro lado, explicó Francisco, «nosotros no somos ni eternos ni efímeros: somos hombres y mujeres en camino en el tiempo, tiempo que comienza y tiempo que termina». Y «esto nos hace pensar que es bueno rezar y pedir la gracia del sentido del tiempo para no convertirse en prisioneros del momento que está siempre cerrado en sí mismo». Así, afirmó el Papa, «delante de este pasaje del primer libro de los Reyes», que cuenta «la muerte de David, quisiera proponer tres ideas: la muerte es un hecho, la muerte es una herencia y la muerte es una memoria».

Sobre todo, explicó Francisco, «la muerte es un hecho: nosotros podemos pensar muchas cosas, también imaginarnos ser eternos, pero el hecho viene». Antes o después la muerte llega y «es un hecho que nos toca a todos nosotros». Porque «nosotros estamos en camino, nosotros somos vagabundos u hombres y mujeres en laberintos». No, advirtió el Papa, «está la tentación del momento que se adueña de la vida y te lleva a ir dando vueltas en el momento en este laberinto egoísta del momento sin futuro, siempre ida y vuelta, ida y vuelta». Y «el camino termina en la muerte: todos lo sabemos».

Por esta razón, hizo presente el Pontífice, «la Iglesia siempre ha tratado de hacer reflexionar sobre este fin nuestro: la muerte». A propósito Francisco sugirió un recuerdo personal: «Cuando estábamos en el seminario nos hacían hacer el ejercicio de la buena muerte: asustaba un poco porque parecía una cámara mortuoria». Pero «hay un ejercicio de la buena muerte que cada uno puede hacer dentro de sí mismo: yo no soy el dueño del tiempo; hay un hecho: yo moriré. ¿Cuándo? Dios lo sabe». Pero seguro «moriré».

«Repetir esto ayuda» dijo el Papa, precisamente porque es un hecho «realista puro» que «nos salva de esa ilusión del momento de tomar la vida como una cadena de anillos de momentos que no tiene sentido». Sin embargo la realidad es que «yo estoy en camino y debo mirar adelante».

Dando espacio a la confidencia, Francisco compartió el «recuerdo» de cuando «de niño aprendía a leer, tenía cuatro años. Una de las primeras cosas que aprendí a leer, porque la abuela me lo hizo leer, era un cartel que ella tenía bajo el cristal de la cómoda y decía así: “Piensa que Dios te mira. Piensa que te está mirando. Piensa que morirás y tú no sabes cuándo”. Esa frase, confió el Papa, «la he recordado hasta hoy y me ha hecho mucho bien, en los momentos de suficiencia, de clausura, donde el momento era el rey». Por tanto «el tiempo, el hecho: todos nosotros moriremos». Al acercarse la muerte, David dice a su hijo: «Yo me voy por el camino de cada hombre en la tierra. Y así ha sido».

La segunda idea es «la herencia». A menudo sucede que cuando, muriendo, se tiene que ver con «una herencia llegan enseguida los sobrinos para buscar cuánto dinero el tío ha dejado a este, a aquel, al otro». Y «esta historia es tan antigua como la historia del mundo». En realidad cuenta «la herencia del testimonio: ¿qué herencia dejo yo?».

Volviendo al pasaje bíblico actual, «David ¿qué herencia deja?». Francisco recordó que David fue también «un gran pecador, ¡hizo muchas!». Pero fue también «un gran arrepentido» hasta ser «un santo» incluso «con las grandes que había hecho». Y David es santo, explicó el Pontífice, precisamente «porque la herencia es esa actitud de arrepentirse, de adorar a Dios antes de a



sí mismo, de volver a Dios: la herencia del testimonio». Por eso siempre es oportuno preguntarse «¿qué herencia dejaré a los míos?». Seguramente «la herencia material, buena porque es el fruto del trabajo». Pero, insistió el Papa, «¿qué herencia personal, de testimonio? ¿Cómo la de David o la vacía?». Por eso a la pregunta «¿qué ha dejado?» no se debe responder solo indicando «las propiedades» sino sobre todo «el testimonio de vida».

«Es verdad que si nosotros vamos a un funeral— prosiguió el Pontífice —el muerto siempre era santo», tanto que «hay dos lugares para canonizar a la gente: la plaza de San Pedro y los funerales, porque siempre es un santo y porque ya no te amenaza».

«La verdadera herencia» es, por tanto, el testimonio de vida. Así es oportuno «preguntarnos qué herencia» dejó «si Dios me llama hoy, qué herencia dejo como testimonio de vida». Esta «es una bonita pregunta para hacernos» afirmó Francisco, y así «prepararnos para que todos nosotros, ninguno de nosotros permanezca “de reliquia”: no, todos iremos sobre este camino». Con la cuestión fundamental: «Cuál será la herencia que yo dejaré como testimonio de vida?».

La tercera idea —junto al «hecho» y a la «herencia»— que el Papa sugirió respecto a la muerte es «la memoria». Porque, explicó, «también el pensamiento de la muerte es memoria, pero memoria anticipada, memoria hacia atrás». Por tanto «memoria» y «también luz en este momento de la vida». Pero, prosiguió Francisco, la pregunta para hacerse a uno mismo es «cuando yo muera, ¿qué me hubiera gustado hacer hoy en esta decisión que yo debo tomar hoy, en el modo de vivir de hoy?». Y esta «es una memoria anticipada que ilumina el momento de hoy». Se trata, en sustancia, de «iluminar con el hecho de la muerte las decisiones que yo debo tomar cada día».

«Es bonito este pasaje del segundo capítulo del primer libro de los Reyes» relanzó, en conclusión, el Pontífice. «Si hoy tenéis tiempo leerlo, es bellissimo, os hará bien» sugirió. Invitando «también a pensar: yo estoy en camino, el hecho “yo moriré”; cuál será la herencia que dejaré y cómo me sirve a mí la luz, la memoria anticipada de la muerte, sobre las decisiones que debo tomar hoy». Una meditación, aseguró, que «nos hará bien a todos».

Misa en Santa Marta

Enseñar a adorar

Los cristianos deben aprender la «oración de adoración». Y los pastores deben querer la formación de los fieles en esta fundamental forma de oración. Lo subrayó el Papa Francisco el lunes 5 de febrero durante la misa celebrada en Santa Marta, en la cual participó un grupo de párrocos de reciente nombramiento. Dirigiéndose directamente a ellos, el Pontífice les exhortó: «Enseñad al pueblo a adorar en silencio» para que «así aprendan desde ahora qué haremos todos allí, cuando por la gracia de Dios lleguemos al cielo».

La adoración como objetivo del «camino» del creyente estuvo en el centro de la homilía de Francisco, que comenzó desde la primera lectura del día (*1 Reyes* 8, 1-7, 9-13), en la que se habla sobre el rey Salomón que «congregó a su pueblo para subir hacia los montes del Señor, hacia la ciudad, hacia el templo», llevando en procesión el arca de la alianza en el Santo de los Santos.

En este camino que preveía un recorrido en ascenso, fatigoso —«el camino fácil es aquel en llanura» observó el Papa— el pueblo llevaba consigo «la propia historia, la memoria de la elección, la memoria de la promesa y la memoria de la alianza». Y con este cargo de memoria se acercaba al templo. No solo: el pueblo, añadió Francisco, llevaba también «la desnudez de la alianza», es decir, simplemente las «dos tablas de piedra, desnuda, así como lo había hecho Dios» y no como lo habían aprendido «de los escribas, que la habían “hecho barroca” con tantos preceptos». Era ese su tesoro: «la alianza desnuda: yo te amo, tú me amas. El primer mandamiento, amar a Dios; segundo, amar al prójimo. Desnuda, así».

Después, continuó el Pontífice, «con esa memoria de la elección, de la promesa y de la alianza, el pueblo sube y lleva la alianza arriba. Al llegar arriba, “cuando llegaron todos los ancianos, alzaron el arca, introdujeron el arca en el santuario y en el arca no había nada más que las dos tablas de piedra”. He aquí la «desnudez de la alianza». Y en el pasaje bíblico se lee que «al salir los sacerdotes del Santo, la nube llenó la Casa de Yahveh». Era «la alegría del Señor» que tomaba residencia en el templo. Es en ese momento, explicó el Papa, cuando el «pueblo entró en adoración», pasando «de la memoria a la adoración, haciendo camino en cuesta». Comenzó así la adoración «en silencio». He aquí el recorrido cumplido por los israelitas: «de los sacrificios que hacía en el camino en ascenso, al silencio, a la humillación de la adoración».

Es precisamente en este punto cuando el Pontífice vinculó la palabra de Dios a la realidad actual de las comunidades cristianas: «Tantas veces pienso que nosotros no enseñamos a nuestro pueblo a adorar. Sí, les enseñamos a rezar, a cantar, a alabar a Dios, pero a adorar...». La oración de adoración, dijo, «nos aniquila sin aniquilarnos: en el aniquilamiento de la adoración nos da nobleza y grandeza».

Y a esa experiencia en la que se anticipa la vida en el cielo, añadió, se puede llegar solamente «con la memoria de haber sido elegidos, de tener dentro del corazón una promesa que nos empuja a ir y con la alianza en la mano y en el corazón».

Por lo tanto «siempre en camino: camino difícil, camino en cuesta, pero en camino hacia la adoración», hacia ese momento en el que «las palabras desaparecen frente a la gloria de Dios: no se puede hablar, no se sabe qué decir».

Las únicas palabras que emergen de este pasaje de la Escritura vendrán evidenciadas en la liturgia del martes 6 de febrero, en la que proseguirá la lectura del pasaje del libro de los Reyes. Al hacerlo presente el Papa anticipó que el rey «Salomón solamente osa decir dos palabras, en medio de la adoración: “Escucha y perdona”, solamente eso. No se puede decir más. Adorar en silencio con toda una historia al lado» y perder a Dios: «Escucha y perdona».

Concluyendo su meditación, el Papa sugirió: «Nos hará bien, hoy, tomar un poco de tiempo de oración» y en eso hacer «memoria de nuestro camino, la memoria de las gracias recibidas, la memoria de la elección, de la promesa, de la alianza».

Un recorrido interior en el que «buscar ir arriba, hacia la adoración y en medio de la adoración, con tanta humildad decir solamente esta pequeña oración: “Escucha y perdona”».





La huella de Aparecida

Entrevista al secretario del Dicasterio para los laicos, la familia y la vida

NICOLA GORI

La próxima edición de la JMJ estará bajo la bandera de María, para que la Iglesia aprenda cada vez más a ser madre que escucha, acompaña y camina con los jóvenes. Está convencido de ello el padre Alexandre Awi Mello, desde el junio pasado secretario del Dicasterio para los laicos, la familia y la vida. A un año de la cita en Panamá, el sacerdote brasileño en esta entrevista con L'Osservatore Romano habla de la tarea que le confió Francisco.

En los próximos dos años los jóvenes serán protagonistas de dos grandes eventos: el Sínodo y la JMJ. ¿Cómo se valora su contribución?

En mis dieciséis años de vida sacerdotal, siempre he sido asistente de la pastoral juvenil, tanto dentro como fuera del movimiento de Schoenstatt. He aprendido a creer en los jóvenes y a dejarme sorprender por ellos. Creo que pocas veces en la historia de la Iglesia universal los jóvenes hayan estado tan al centro de las preocupaciones, de las reflexiones y de las acciones eclesiales. Sería grave si los pastores no aprovecharan esta oportunidad para promover el protagonismo de los jóvenes; específicamente: dejarles hablar, escucharles, tomar en serio sus inquietudes, apoyarles con el fin de que sean ellos mismos el sujeto del cambio que proponen, acompañarles en los éxitos y en los fracasos, en definitiva, darles espacio y confianza, dejando que nos sorprendan con su crea-

tividad y generosidad. La Jornada mundial de la juventud en 2019 ha sido colocada por el Papa bajo el signo de María. De ella debemos continuar aprendiendo a ser una Iglesia madre, que confía en las potencialidades de sus hijos, les acompaña, les educa y promueve su protagonismo.

¿Cuál fue su experiencia en Aparecida junto al entonces cardenal Bergoglio?

Sin duda es la persona que más me impresionó en la Conferencia del episcopado latinoamericano. En aquella época di testimonio de eso, sin imaginar que pudiera convertirse en Papa. Fueron solo veinte días de actividad juntos, siendo yo uno de los secretarios de la comisión de redacción del documento final que él presidía, pero fueron suficientes para tener la gracia de experimentar su humildad, su lucidez intelectual, su capacidad de trabajo en equipo, su sensibilidad humana y espiritual, más allá de su profundo sentido de responsabilidad eclesial.

¿Qué contribución puede dar su experiencia pastoral en América Latina a la actividad del dicasterio?

Con el Papa Francisco la experiencia eclesial latinoamericana vuelve a fluir en la Iglesia universal. La rica tradición de esta Iglesia de periferia ahora alcanza el centro de la Iglesia. Como «Iglesia receptiva», América Latina puede, de algún modo, ser «Iglesia fuente» para la catolicidad, según los conceptos

propagados por Alberto Methol Ferré, gran amigo del cardenal Bergoglio. El dinamismo eclesial, la vitalidad del laicado, el entusiasmo juvenil, el gran aprecio de las instituciones familiares, el profundo amor a María, la fuerza evangelizadora de la piedad popular, el compromiso profético con los pobres son, entre otros, contribuciones de la Iglesia de la que provengo y con las que me identifico.

¿Cómo ha acogido la decisión del Pontífice de confiarle el cargo de secretario del dicasterio?

Sinceramente debo decir que acogí su invitación con mucha resistencia interior, puesto que soy bien consciente de mis límites para una tarea de este alcance; además, hay que decir que nunca he pensado ni deseado trabajar en la Curia. Vengo de la pastoral y pienso que allí esté mi puesto, pero prefiero creer que la decisión del cardenal prefecto Farrel, confirmada por el Santo Padre, sea expresión de la voluntad de Dios. Confiando en ello y en la obra de Dios, no la mía, acepté el encargo.

¿Cuáles son sus competencias específicas que pondrá al servicio del dicasterio?

Más que nada espero poner mi persona al servicio del dicasterio, con mis capacidades y mis límites. Sé que lo que voy aprendiendo día a día es más de lo que puedo ofrecer. Creo que lo más importante es estar a disposición de la Iglesia universal: del Papa, de los obispos, de los laicos, de las familias, de los jó-

venes, de las asociaciones y movimientos; movido por el amor por la Iglesia. *Dilexit ecclesiam* es la frase que sintetiza la vida de mi fundador, el padre José Kentenich (1885-1968) y que me motiva en esta nueva tarea.

¿Usted de qué se ocupa exactamente?

Esta es todavía una fase de aprendizaje de mis funciones, pero puedo decir que, en general, el secretario ayuda al prefecto en todas las tareas. Es un papel de coordinación interna de todo el personal y de su trabajo y de corresponsabilidad con el prefecto para todo el dicasterio y eventualmente también de representación hacia el exterior.

¿Sobre su formación, cómo han influido el carisma y la espiritualidad de Schoenstatt?

Debo en gran medida a la alianza de amor con María y al carisma de padre José Kentenich mi personalidad y mi vida espiritual, más allá de lo que soy como sacerdote y como ser humano. La pertenencia a una familia espiritual federativa ayuda también a vivir y a trabajar en comunidad, a cultivar una cultura del encuentro, que nosotros llamamos «cultura de la alianza» en todas las dimensiones de la vida. Schoenstatt es un movimiento esencialmente misionero, pedagógico y mariano. De tal modo, yo espero contribuir con este carisma al servicio de todas las realidades que están en relación con el dicasterio.

«En la Liturgia de la Palabra, a través del Evangelio y la homilía, Dios dialoga con su pueblo»: lo subrayó el Papa en la Audiencia general del miércoles 7 de febrero en el Aula Pablo VI. Continuando con las reflexiones sobre la importancia de la vida cristiana, Francisco se detuvo en la proclamación de la última lectura, extraída de un pasaje evangélico y en el comentario que hace el sacerdote celebrante. Con una recomendación: que la predicación no supere los diez minutos.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Continuamos con las catequesis sobre la santa misa. Habíamos llegado a las lecturas.

El diálogo entre Dios y su pueblo, desarrollado en la Liturgia de la Palabra de la misa, alcanza el culmen en la proclamación del Evangelio. Lo precede el canto del *Aleluya* —o, en cuaresma, otra aclamación— con la que «la asamblea de los fieles acoge y saluda al Señor, quien hablará en el Evangelio»¹. Como los misterios de Cristo iluminan toda la revelación bíblica, así, en la Liturgia de la Palabra, el Evangelio constituye la luz para comprender el sentido de los textos bíblicos que lo preceden, tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo Testamento. De hecho, «de toda la Escritura, como de toda la celebración litúrgica, Cristo es el centro y la plenitud»². Siempre en el centro está Jesucristo, siempre.

Por eso, la misma liturgia distingue el Evangelio de las otras lecturas y lo rodea de particular honor y veneración³. De hecho, su lectura está reservada al ministro ordenado, que termina besando el libro; se escucha de pie y se hace el signo de la cruz en la frente, sobre la boca y sobre el pecho; los cirios y el incienso honran a Cristo que, mediante la lectura evangélica, hace resonar su palabra eficaz. De estos signos la asamblea reconoce la presencia de Cristo que le dirige la «buena noticia» que convierte y transforma. Es un discurso directo el que sucede, como prueban las aclamaciones con las que se responde a la proclamación: «Gloria a ti, Señor Jesús» o «Te alabamos Señor». Nos levantamos para escuchar el Evangelio: es Cristo quien nos habla, allí. Y por esto nosotros estamos atentos, porque es un coloquio directo. Es el Señor que nos habla.

Por tanto, en la misa no leemos el Evangelio para saber cómo fueron las cosas, sino que escuchamos el Evangelio para tomar conciencia de lo que Jesús hizo y dijo una vez; y esa Palabra está viva, la Palabra de Jesús que está en el Evangelio está viva y llega a mi corazón⁴. Por esto, escuchar el Evangelio es tan importante, con el corazón abierto, porque es Palabra viva. Escribe san Agustín que «la boca de Cristo es el Evangelio. Él reina en el cielo, pero no cesa de hablar en la tierra»⁵. Si es verdad que en la liturgia «Cristo anuncia todavía el Evangelio»⁶, como consecuencia, participando en la misa, debemos darle una respuesta. Nosotros escuchamos el Evangelio y debemos dar una respuesta en nuestra vida.

Para hacer llegar su mensaje, Cristo se sirve también de la palabra del sacerdote que, después del Evangelio, da la homilía⁷. Recomendada vivamente por el Concilio Vaticano II



El Papa habla de la homilía

Y recomienda no superar los diez minutos

como parte de la misma liturgia⁷, la homilía no es un discurso de circunstancia —ni una catequesis como esta que estoy haciendo ahora—, ni una conferencia, ni una clase, la homilía es otra cosa. ¿Qué es la homilía? Es «retomar ese diálogo que ya está entablado entre el Señor y su pueblo»⁸, para que encuentre realización en la vida. ¡La auténtica exégesis del Evangelio es nuestra vida santa! La palabra del Señor termina su recorrido haciéndose carne en nosotros, traducándose en obras, como sucedió en María y en los santos. Recordad lo que dije la última vez, la Palabra del Señor entra por las orejas, llega al corazón y va a las manos, a las buenas obras. Y también la homilía sigue la Palabra del Señor y hace también este recorrido para ayudarnos para que la Palabra del Señor llegue a las manos, pasando por el corazón.

Ya traté este argumento de la homilía en la exhortación *Evangelii gaudium*, donde recordaba que el contexto litúrgico «exige que la predicación oriente a la asamblea, y también al predicador, a una comunión con Cristo en la Eucaristía que transforme la vida»⁹.

Quien da la homilía debe cumplir bien su ministerio —aquel que predica, el sacerdote o el diácono o el obispo—, ofreciendo un servicio real a todos aquellos que participan en la misa, pero también cuantos la escuchan deben hacer su parte. Sobre todo prestando la debida atención, asumiendo las justas disposiciones interiores, sin pretextos subjetivos, sabiendo que todo predicador tiene méritos y límites. Si a veces hay motivos para aburrirse por la homilía larga o no centrada o incomprensible, otras veces sin embargo el obs-

que las olimpiadas de Pyeongchang alimenten la esperanza de diálogo de paz en el mundo.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en modo particular a los grupos provenientes de España y América Latina. Contemplando a la Virgen María, esforcémonos como Ella para escuchar la Palabra del Señor con un corazón dócil y sencillo, y así poder hacerla carne en nosotros traduciéndola en obras de amor y de santidad. Que el Señor los bendiga. Muchas gracias.

Mañana, 8 de febrero, memoria litúrgica de santa Giuseppina Bakhita, se celebra la Jornada mundial de oración y reflexión contra la trata. El tema de este año es «Migración sin trata. ¡Sí a la libertad! ¡No a la trata!». Teniendo pocas posibilidades de canales regulares, muchos migrantes deciden aventurarse por otras vías, donde a menudo les esperan abusos de todo tipo, explotación y reducción a esclavitud. Las organizaciones criminales, dedicadas a la trata de personas, usan estas rutas migratorias para esconder las propias víctimas entre los migrantes y los refugiados. Invito por tanto a todos, ciudadanos e instituciones, a unir fuerzas para prevenir la trata y garantizar protección y asistencia a las víctimas. Recemos, todos, para que el Señor convierta el corazón de los traficantes —es fea esta palabra, traficantes de personas— y dé esperanza de adquirir de nuevo la libertad a los que sufren por esta plaga vergonzosa.

Pasado mañana, viernes 9 de febrero, se abrirán los XXXII Juegos Olímpicos Invernales en la ciudad de Pyeongchang, en Corea del Sur, con la participación de 92 países. La tradicional tregua olímpica este año adquiere especial importancia: delegaciones de las dos Coreas desfilarán juntas bajo una única bandera y competirán como un único equipo. Este hecho da esperanzas de un mundo en el que los conflictos se resuelvan pacíficamente con el diálogo y en el respeto recíproco, como también el deporte enseña a hacer. Dirijo mi saludo al Comité Olímpico Internacional, a los atletas y a las atletas que participan en los Juegos de Pyeongchang, a las autoridades y al pueblo de la península de Corea. Todos acompañan con la oración, mientras renuevo el compromiso de la Santa Sede para sostener toda iniciativa útil a favor de la paz y del encuentro entre los pueblos. ¡Que estas Olimpiadas sean una gran fiesta de la amistad y del deporte! ¡Que Dios os bendiga y os proteja!

¹ *Instrucción general del misal romano*, 62.

² *Introducción al leccionario*, 5.

³ Cf. *Instrucción general del misal romano*, 60 e 134.

⁴ *Sermón* 85, 1: pl 38, 520; cf. *Tratado sobre el Evangelio de san Juan*, XXX, 1: PL 35, 1632; CCL 36, 289.

⁵ Conc. Ecum. Vat. II, Cost. *Sacrosanctum Concilium*, 33.

⁶ Cf. *Instrucción general del misal romano*, 65-66; *Introducción al leccionario*, 24-27.

⁷ Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Cost. *Sacrosanctum Concilium*, 52.

⁸ Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 137.

⁹ *Ibid.*, 138.

Un nuevo llamamiento contra la trata de seres humanos fue lanzado por el Papa al finalizar la Audiencia general. Saludando a los grupos presentes, el Pontífice también expresó el auspicio de